

LA COMUNIDAD  
INASIBLE

La poesía española de la Transición  
en la crisis del humanismo



Sergio Navarro

frontera

Universidad  
Valladolid

Universidad  
León 2023

Sergio NAVARRO

*La comunidad inasible. La poesía española de la Transición  
en la crisis del humanismo.*

León/Valladolid, Servicio de Publicaciones

Universidad de León/Ediciones Universidad de Valladolid, 2023, 259 pp.

El último libro de Sergio Navarro no se trata —o no solo— de un ensayo de crítica literaria. Se habla de literatura, pero también de filosofía, de historia y de política. Se habla mucho de poesía, pero como aprendemos en la conclusión, «este estudio no enjuicia calidades literarias» (240), aunque algunas breves y casi silenciadas expresiones diseminadas por el texto nos puedan descubrir algunas simpatías literarias de su autor. Se trata, entonces, de un libro de crítica cultural, de historia de las ideas poéticas e intelectuales, de la confluencia entre poesía y filosofía *en* la historia y los acontecimientos políticos.

Con este objetivo, el autor nos sumerge en un relato histórico-cultural de lo que denomina la postmodernidad o la crisis del humanismo. Este relato propone una imagen ideológica del tiempo de las últimas décadas del siglo XX —¿y del nuestro, o como decía Félix Duque (2008, 71), la postmodernidad murió al ritmo de los timbales del terrorismo islamista en 2001, 2004 y 2005, por lo que habría durado tan solo unos treinta años?— como marco referencial e intelectual en el que habrían brotado unas teorías y prácticas poéticas. Esta constelación intelectual es representada eminentemente por el pensamiento de Gianni Vattimo, y se resume así: la postmodernidad es una crisis del humanismo, puesto que deshace el giro antropocéntrico del Renacimiento y rompe con la unión entre saber clásico y preocupación moral. No hay un canon que sea transmitido en una tabla indestructible —como la caja negra de los aviones— generación tras generación. Llega hasta el punto de destruir la idea misma de centro: «como en un anillo, todo es periferia» (17). La sensación era que ningún Dios podía salvarnos, y la impresión generalizada fue, en el tiempo en el que se forjaron las poesías de las que habla Navarro, que tampoco lo haría texto, palabra o conocimiento alguno. El relato concluye, en definitiva, que la experiencia trágica del siglo XX es el descubrimiento de que los dispositivos de destrucción, o la articulación del poder totalitario y de la barbarie, podía incluir en su seno la cultura, el arte, las elevadas cimas de la espiritualidad humana. Esto es, que no formaban parte de ningún *arrière-monde*, sino que eran uno más de los objetos sujetos al vendaval histórico, a la montaña de ruinas que mira el ángel benjaminiano.

Para Navarro, el origen de esta desconfianza ante la cultura no es tanto lo que Hannah Arendt diagnosticara en su «Culture and Politics», donde expresó que nuestras comunidades sospechan de

la cultura por el filisteísmo o por su masificación, como el simple hecho que tan bien resumiera Emmanuel Levinas: «Auschwitz fue cometido por la civilización del idealismo trascendental» (1996, 91-92). Esta cita no es empleada por Navarro, pero vuelve una y otra vez sobre ideas y pensamientos similares, que hablan, en última instancia, de la ausencia de una trascendencia que garantice un sentido en el curso de los asuntos humanos tras la catástrofe totalitaria. Nos encontramos, o los poetas que trata Navarro se encontraron, en un universo nihilista y postmoderno, que no podía hacer sentido de la Historia: «carecemos de autor que escribe el texto de la Historia —Dios—, del sujeto que la protagoniza —el Hombre— e incluso del idioma en que las palabras-hechos tienen sentido —la Razón—» (19). El argumento, finalmente, sostiene que este nihilismo no se circunscribe al ámbito filosófico, sino que afecta intensamente a la poesía.

La genealogía nietzscheana de esta historia es clara. Navarro piensa en una poesía hecha a martillazos, por recuperar la imagen nietzscheana del *Crepúsculo de los ídolos*: una poesía que transvalore todos los valores, que ausculte la vieja sensibilidad para forjar una nueva subjetividad que brille de otra manera.

Así, *La comunidad inasible* piensa la *oscuridad de la cultura* tal y como la vivió la poesía española durante la Transición, objeto concreto de estudio de esta obra. La tesis resulta especialmente sugerente habida cuenta de que, en nuestro país, el giro anti-humanista coincidió con un cambio de régimen político. El franquismo que quedaba atrás es pintado por Navarro con un completo gris, un gris amargo y aburrido; frente a la dictadura, se abrían las puertas de una comunidad por-venir y por-hacer. Era la oportunidad de construir una sociedad democrática pensada desde la poesía. Sin duda, uno de los problemas centrales de estas poéticas dirigidas al futuro es el del pasado, ese «ya no» que se niega a desaparecer, y ante el que el poeta genera estrategias bélico-textuales: deformarlo, negar su poder, clausurarlo, reírse de él. Si bien esta idea es explícita en el tercer bloque (157-158 especialmente), creo que resuena en todos los capítulos: en lo sublime, lo grotesco y el pastiche del primer bloque; en la reconstrucción del pasado convencional de García Montero; en la dependencia de la Historia para la construcción de la subjetividad de los planteamientos cercanos al marxismo, etc.

El libro no se queda, no obstante, en este gran cuadro impresionista que diagnostica nuestro tiempo, sino que da un uso bien específico a este gran relato: después de la imagen del mundo generada en la «Introducción», a lo largo de los nueve capítulos de que se compone la obra disecciona —y aquí el léxico ha de ser el propio de la medicina— el cuerpo poético de una serie de autores. Y lo hace como anatomista, más que como médico: no propone solución alguna, sino que diagnostica, radiografía y acaba fijando un cuerpo peculiar, una poética específica, con sus posibilidades y sus limitaciones —su umbral—.

Digamos, entonces, que el libro se compone de una introducción, tres bloques y una conclusión. La conclusión es muy breve y profundiza alguna idea ya tratada en la introducción. La introducción nos da el marco teórico que ya hemos tratado. Los tres bloques se dividen a su vez en tres capítulos. Cada capítulo establece un concepto o una idea y una poesía *desde* la que mirar el concepto; o quizá a la inversa, pero los títulos, el orden de las palabras, es significativo: «Un final espectacular (desde Antonio Martínez Sarrión)», por ejemplo. El propio Navarro explica su uso de la expresión *desde*, que sustrae a Claudio Rodríguez (22): no le interesa el nombre propio del poeta que comenta, sino las ideas y sentimientos que articula su poesía, y ni siquiera su poesía completa, sino unas obras y poemas selectos.

De ahí que sea difícil decir de cuántos poetas nos habla Navarro. No son nueve, uno por cada capítulo, pero sí algo más de nueve. Eso es lo que podemos decir: son algo más de nueve obras poéticas las comentadas. La nómina es completa, pero limitada, como reconoce en la «Conclusión» el propio autor, aunque podemos decir que detrás de cada nombre propio se extienden otros nombres, otras ideologías y praxis poéticas.

En el primer bloque se trata la poesía de Antonio Colinas y su experiencia central de lo sublime, la de Antonio Martínez Sarrión y su uso de lo grotesco y la de Félix de Azúa y el lúcido escepticismo que traduce la figura del pastiche. Es un bloque muy simétrico, claro y bien estructurado. El segundo bloque, cuyos dos primeros capítulos son, a mi juicio, los más logrados de la obra, nos habla de Leopoldo María Panero y el intento agónico de acabar con el sujeto (tradicional), de Javier Egea y la borrada de la frontera público-privado de nuestra subjetividad burguesa, y de Juana Castro y la nueva mitología feminista. El tercer bloque, por último, es algo más caótico, menos simétrico, e incluye en su interior a Pere Gimferrer y Guillermo Carnero como poéticas marcadas por la lingüística de una u otra forma, a Clara Janés y Luis García Montero para reflexionar sobre la soledad y el pasaje al encuentro con el Otro, no siempre carnal pero sí textual, y a Miguel d'Ors y Julio Martínez Mesanza en su aventura hacia el aura perdida y el alejamiento del culturalismo. A pesar de ser un bloque menos compacto, los capítulos son brillantes en sí mismos, e incluye pasajes e interpretaciones sumamente interesantes, como la sugerente introducción de Gadamer (174) y su «fusión de horizontes» para explicar el malestar ante la ausencia de comunicabilidad que traslucen algunas lingüísticas novísimas.

Si se nos permite formular alguna crítica a modo de exposición de la forma intelectual de Sergio Navarro, en el caso de Miguel d'Ors la crítica a la que lo somete el autor resulta limitada: quizá para un lector bien formado en la escuela de la fenomenología y sus devenires resulte más intuitiva, pero a priori parece extraño acusar a d'Ors de quedar atrapado en aquello que Derrida espetara a Husserl en *La voz y el fenómeno*. Y es que, si bien Navarro tiene un pensamiento extremadamente claro y una escritura limpia, en ocasiones esta virtud se subvierte, y la claridad y distinción de algunas argumentaciones dejan al lector pidiendo una mayor prolijidad en las explicaciones.

El ejemplo opuesto es el capítulo de Javier Egea. Si bien parte de Althusser y Juan Carlos Rodríguez para explicar los presupuestos ideológico-poéticos de Egea, resulta especialmente convincente el umbral esbozado por Navarro: el de que el amor no es una vía satisfactoria para vincular al yo con la comunidad, que el amor no borra la separación público-privado ni construye un puente sólido para la transición del Yo hacia el Nosotros.

Con esto no queremos decir que el empleo de sofisticadas filosofías sea pernicioso ni poco apropiado, sino que en cada uso que hace Navarro de sus lecturas es más o menos convincente. Y en general, reconozcámoslo, la palabra de Navarro es persuasiva y esclarecedora.

Como vemos, se trata de una obra que recoge las conchas de la resaca de la filosofía de la historia, los restos con los que leer la poesía. Solo a través de la herida de la Historia se entiende este libro, o esta pretensión de leer los libros, unos libros, unos poemas. La lectura se comprende bien a través de una cita de Celan, de su «Discurso de Bremen», que funciona como cita luminosa, como palabra-antorcha del libro de Navarro:

Accesible, próxima, no perdida, permaneció, en medio de todas las pérdidas, solo una cosa: la lengua. Sí, la lengua no se perdió a pesar de todo. Pero tuvo que pasar entonces a través de la propia falta de respuesta, a través de un terrible enmudecimiento, pasar a través de las múltiples tinieblas del

discurso mortífero. Pasó a través y pudo volver a la luz del día, «enriquecida» por todo ello (Celan en Navarro, 20).

Más aún: en aquel bello discurso Celan también nos recordaba que un poema estaba siempre de camino, que podía ser entendido como una botella lanzada a otro tiempo y otro espacio para que un lector sin rostro encontrase ese mensaje (casi) cifrado —y, quizá, con suerte, que adquiriera así un rostro—. Pero el poeta alemán no nos decía cómo podíamos leer ese poema. Sergio Navarro nos da su personal clave de lectura: la poesía imagina un mundo por venir que siempre se le acaba escurriendo entre los dedos, y el crítico puede, y quizá debe, analizar el verso para encontrar tanto la esperanza como la frustración. Lo político siempre se escapa entre los dedos: corre como una Dafne que, incluso cuando parece que es tocada por la palabra poética, se ha transformado en otra cosa, y ha alcanzado el umbral ideológico.

Y es que precisamente este límite es la comunidad: de ahí el título de la obra. La comunidad es el límite de las ideologías estudiadas, una comunidad que se quiere atrapar y que, sin embargo, queda siempre fuera del poema. En el poema se textualiza la comunidad, tanto su experiencia como el deseo de otra experiencia, y solo ahí se atrapa durante unos instantes. Pero ya, siempre, se está escapando. En buena medida, hay en este libro una silenciosa —solo despertado en una referencia a Nancy y su *La comunidad desobrada* (236) — reflexión acerca del común, uno de los temas de referencia de la filosofía desde hace veinte años. Y una asunción de la aporía en la que termina toda poética.

Al final, Navarro recupera, sin explicitar su origen, una idea especialmente cara a las fenomenologías contemporáneas —levinasianas y marionianas—: la del exceso que porta lo Real con respecto a lo conocido, o, dicho de otra manera, la saturación del fenómeno noético-noemático, la inconmensurabilidad entre lo que conocemos y lo conocido. La poesía es ese lugar donde se presenta el conocimiento, una forma particular de conocimiento, entendiendo por tal una suma más extensa que la nómina habitualmente asociada de manera intelectualista con el término: ahora incluye sentimientos, pasiones, refugios, y también ideas, claro. A Navarro le interesa la textualización de estas experiencias, ideas, esperanzas y opiniones, y quizá especialmente de las esperanzas:

El poema registra la dinámica utópica del deseo, la aventura de la palabra que se extiende para alcanzar un horizonte, y solo ese movimiento permite vislumbrar el tope ideológico, el umbral más allá del cual el deseo poético no puede ir. El poema contiene todos estos movimientos: la ola que se eriza en el lomo del océano y el rompeolas contra el que [el] océano estalla. La palabra poética es esa espuma (241).

No podemos terminar esta reseña sin destacar algunas bellas imágenes y metáforas del libro, que lo hacen especialmente placentero. Así, la crítica cultural poscolonial y feminista, formada en la escuela de los maestros de la sospecha (Ricoeur), «examinó cada concepto, cada obra de arte, cada texto como si inspeccionase un caballo de Troya en cuyo vientre se impacientan las armas de la dominación» (14); o la metáfora de la «preciosa pepita de trascendencia hallada en el barro de la Historia» (35); su idea de que «la angustia circula por debajo de lo real y estalla de súbito en espectaculares géiseres» (44), y por último la idea-imagen de que en la deconstrucción «la palabra no se anclaba en el suelo de lo real sino que circulaba atrapada en sí misma, más o menos como las cintas transportadoras de los aeropuertos» (64), por no citar más que unas pocas que hemos ido señalando conforme la lectura de la obra avanzaba.

Y, en fin, quizá podamos concluir diciendo que hay un implícito en la obra de Navarro que es una invitación a pensar nuestro tiempo, a hacer una, en palabras de Foucault, «ontología del presente»

a través de la palabra poética<sup>1</sup>. ¿Es ya caduco el marco postmoderno para entender nuestra propia crisis? ¿Hasta qué punto somos herederos de estas experiencias textuales? ¿Qué decir de las siguientes generaciones poéticas? Y siguiendo esta última pregunta, ¿qué decir de la propia poética de Navarro? Quizá el autor nos esté *invitando* a una lectura de su poesía, a un próximo heredero, a una próxima heredera de esta crítica, a que haga lo propio, cuando la distancia hermenéutica sea apropiada, con la generación poética a la que el propio Sergio Navarro pertenece.

### Referencias bibliográficas

- DUQUE, Félix (2008). «Sobre la esencia del fundamento, o sea sobre la violencia», en Patxi LANCEROS y Francisco Díez de Velasco (eds.), *Religión y violencia*, Madrid: Círculo de Bellas Artes, pp. 69-118.
- POIRIÉ, François (1996). *Emmanuel Lévinas. Essai et entretiens*, Paris: Actes Sud.

**Nicolás DE NAVASCUÉS MARTÍNEZ**

Universidad de Navarra  
snavarro.3@ugr.es

---

1 Este límite del pensamiento y del acontecimiento, hasta llevarnos a nuestro presente, está sugerido por Navarro por ejemplo al proponer una genealogía sin cesura en la discusión entre dos corrientes feministas, una que defiende «la integridad del sujeto femenino» y otra que propugna «la deconstrucción de cualquier sujeto que halla su identidad en un sexo o en un género» (156).